

critor, Cesar Cantú, los mismos modernos á pesar de los progresos de las ciencias naturales, tendrian que recibir algunas lecciones de estos antiguos habitantes del claustro. Pero la Iglesia no se ha detenido aquí. Impulsada por ese espíritu de expansión que le comunicara su Divino Fundador cuando dijo á sus Discípulos: [1] Id por todo el mundo; predicad el Evangelio á toda criatura; al mismo tiempo que enarbolaba el estandarte de la Cruz sobre las ruinas del Paganismo, levantaba tambien sobre sus escombros multitud de pueblos y aun hermosas y opulentas ciudades. A Ella se deben en España, [2] Oviedo, Sahagun y otros varios pueblos de la Rioja, Navarra y Castilla, sin contar los que fundaron las órdenes Militares. A Ella tambien deben su reedificación y población, Salamanca, Ledesma, Ribas Baños y otros inmediatos al Rio Tormes, reedificados por el Obispo Oveco y otros por especial encargo del Rey Ramiro II. Tambien en Bélgica tuvieron semejante origen Gante, Lieja, Malinas, Mons, Saint Fron, Saint Amand y otros muchos lugares que sería prolijo enumerar; y lo que ha hecho la Iglesia en estas Naciones, lo ha hecho tambien en Alemania, en Prusia, Polonia, Suiza, Inglaterra, etc.

Además, donde quiera que ha establecido su imperio esta hija del cielo, ha levantado con mano maestra multitud de templos y edificios grandiosos de beneficencia en donde reverberan con hermosísima luz los rayos de la más grande civilización. "Poned á las gentes, dice el Marqués de Valdegamas [3] á la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización grandiosa y bárbara. Ponedlas á la vista de las estátuas y de los templos griegos, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización graciosa, efímera y brillante. Ponedlas á la vista de un monumento romano, y os dirán: "Por aquí ha pasado un gran pue-

[1] Marc. 16 v 15.

[2] Perujo. Maunal del Apologista, tom. 2, pág. 151.

[3] Ensayo sobre el catol. A. lib. 3, c. 3.

blo. Ponedlas á la vista de una Catedral, y al ver tanta magestad unida á tanta belleza; tanta grandeza unida á tanto gusto; tanta mesura junta con tanto atrevimiento; tanta morvidez en las piedras, tanta suavidad en sus contornos y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirán: Por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia, y la más portentosa de las civilizaciones humanas: ese pueblo ha debido tener del egipcio lo grandioso, del griego lo brillante, del romano lo fuerte, y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale más.... lo inmortal y lo perfecto."

Y si tanto debe la civilización europea á la Iglesia en esta parte, que puede considerarse como la más lejana de su influencia bienhechora, ¿cuánto no le deberá por el mejoramiento de las condiciones físicas de la humanidad? Parece que aun resuenan en nuestros oídos los ayes lastimeros del esclavo, los acentos dolorosos de la mujer degradada hasta lo sumo; los tiernos vagidos del niño, expuesto sin piedad por sus padres á la inclemencia de la muerte, y las amargas y doloridas quejas de tanta multitud de pobres, enfermos y desvalidos, que en vano buscaban en torno suyo una mano amorosa que enjugara sus lágrimas, curara sus heridas y llevase á su corazón la paz y el consuelo. Durante cuarenta siglos, antes de Jesucristo, no se encuentra en toda la antigüedad, en toda la faz de la tierra un hospicio para los enfermos, para los ancianos y para los incurables.

Mas apenas apareció el Cristianismo, cuando comenzaron á dulcificarse las condiciones tan degradantes de la humanidad. Hizo resonar en todos los ángulos de la tierra el gran principio de la fraternidad universal, proclamado por Jesucristo de la manera más augusta y solemne. Sí; todos los hombres, sin distinción de sexo, condición ó nacionalidad, llevan en su frente un timbre nobilísimo de gloria, por tener un Padre común que es Dios, estar destinados á un mismo fin, que

es el cielo, y ser llamados á recojerse ~~aquí~~ ^{en} en la tierra en el dulce regazo de una madre que es la Iglesia, para que en su purísimo seno gusten todos sin excepción alguna del néctar de sus inefables tesoros. Este gran principio destruyó por su base la esclavitud y restituyó á la mujer su verdadera dignidad. Además, en medio de los ecos tumultuosos del Paganismo que enseñaba por sus Filósofos ser virtud la indolencia más refinada por las miserias humanas, se escuchó la dulce voz de Jesucristo, enseñando, por el contrario y practicando al mismo tiempo de la manera más perfecta, el gran precepto de la caridad. ¡Qué espectáculo tan sorprendente fué para las naciones, contemplar al Hijo de Dios comenzar su vida apostólica por hacer sentir la caridad de que rebosaba su purísimo corazón, curando á los enfermos, consolando á los afligidos, bendiciendo y acariciando á los niños y esparciendo á su paso por todas partes la paz, la luz y la vida. Llenas de reconocimiento las gentes, por seguirle abandonan las ciudades y las aldeas y van hasta el fondo de los desiertos y á lo alto de las montañas, y entre esa turba inmensa que lo rodea aparecen en primer lugar los niños. Es que habian escuchado y no podian olvidar aquella tierna queja del Salvador: (1) "Dejad á los niños que se acerquen á mí, porque de ellos es el reino de los cielos." Por esto aquellas inocentes criaturas le amaban y le seguían á todas partes. La dicha de verle, de oírle y de estar cerca de el, les hacía olvidarse de todo. Pero la sorpresa del Paganismo subió de punto, cuando Jesucristo abre sus lábios divinos y desde lo alto de la montaña glorifica y ennoblece todas las miserias que aquel veía con tanto horror. "Bienaventurados, dice, los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos tambien alcanzarán misericordia." ¡Oh santa montaña, que oíste por vez primera estas adorables pala-

[1] Marc. 10, v. 14.

bras; yo te saludo y te bendigo! ¡En adelante la desgracia no será un crimen, ni la indignancia una deshonra, ni la compasión, una debilidad! Cuando estas divinas enseñanzas trasmitidas por los Apóstoles resonaron por primera vez en el mundo, se produjo, dice M. Dupanloup, (1) un gran silencio; la Grecia asombrada y la Italia se conturbaron. El Areópago de Atenas y el Senado de Roma creyeron que debian averiguar y tomar informes acerca de quiénes eran aquel Jesus, aquellos Judíos y aquellos Bárbaros que venian á enseñar cosas tan extrañas; pero en vano entonces la Sinagoga, la filosofía y la impiedad paganas se pusieron en movimiento para ahogar en la boca y hasta en el corazón de los predicadores evangélicos aquella voz importuna y divina; ya no era tiempo. La caridad de Jesucristo iba á arrollarlo todo.

Fué necesario ceder al fin, y bien pronto Roma y todo el universo resonaron con aclamaciones, cuando S. Pablo, semejante á un ángel de los cielos, levantó la voz, y dominando desde las alturas evangélicas todos los clamores humanos, entonó en nombre de Jesucristo el himno de la caridad triunfante, y exclamó:

"Aun cuando hablase el lenguaje de los espíritus celestiales, si no tuviese caridad, no sería mas que un bronce hueco y un címbalo sonoro."

"Aun cuando haciendo gala de una beneficencia soberbia hubiera dado todos mis bienes á los pobres, y con una paciencia estoica hubiese hecho sufrir á mi cuerpo todo género de dolores, y pasado á través de las llamas, si no tuviese caridad de nada me serviría.

"Aun cuando fuere el mayor de los Profetas, y conociese todos los misterios, y poseyere todos los secretos de la ciencia y tuviese una fé tan viva, tan profunda y tan poderosa que con ella pudiese trasladar de sitio las montañas, si no tuviese caridad, nada sería.

(1) Vida de Ntro. Sr. Jesucristo, pág. 63.

“Por último, entregado á un éxtasis divino y como fuera de sí, San Pablo terminó su himno sublime con estas palabras: “La caridad no perecerá jamás. La fé y la esperanza pasarán, pero la caridad quedará siempre. La fé, la esperanza y la caridad, hé aquí las tres divinas virtudes que en la tierra moran y alumbran con su luz pura y suave el día sombrío y pasajero del mundo. Pero la mayor de estas tres es la caridad. Ella es la madre benéfica del siglo presente, la Reina inmortal del siglo futuro.”

Ya podréis comprender, venerables hermanos é hijos muy amados en el Señor, qué efecto producirían en la Iglesia esos divinos ejemplos y esas enseñanzas celestiales. Apenas sale de los brazos de Jesucristo para extenderse por todo el mundo, cuando la vemos abrirse paso á través de los siglos y de todos los lugares, llevando en sus benditas manos el bálsamo de la caridad cristiana para derramarlo con ternura en todas las miserias de la humanidad. En donde quiera que pone la planta deja una huella hermosísima en que se lee con letras de refulgente brillo el mismo elogio del Salvador: (1) “*Pertransit benefaciendo*” ha pasado por aquí haciendo el bien. En efecto, no hay una sola necesidad de nuestra naturaleza á cuyo lado no haya colocado la Iglesia un beneficio; no hay una miseria para la cual no haya inventado un socorro, y todo con una plenitud, una delicadeza y un desinterés, cuyos efectos causan á veces envidia á los mismos favoritos de la civilización.

Ella ha acojido bajo su manto á los niños expósitos, á los huérfanos, á los desvalidos, á los ancianos, á los enfermos, á los pobres, á los enajenados; ella guía á los viajeros extraviados, ampara á los peregrinos, recibe á los naufragos; ella se halla en los desiertos y en el centro de las ciudades, penetra al fondo de las minas, baja á la hediondez de los calabozos y se queda en rehenes por rescatar al cautivo; sube á las montañas, atraviesa los rios y cruza los mares; ella se halla en los

[1] Act. 10, v. 38.

campos de batalla, no teme los extragos de la peste ni las irritaciones del hambre; ella es ingeniosa para dar educación á los ignorantes, trabajo á los desocupados, retiro á los arrepentidos, protección á los débiles contra sus opresores; en una palabra, ella tiene alivio para todos los sufrimientos. Todo esto lo hace la Iglesia siempre, en todas partes, sin interrupción, sin fausto sobre todo, y hasta sin ningún esfuerzo; todo es natural en ella, hasta el punto que no lo notamos; tan habituado se halla el mundo á todas sus obras. Sin embargo, cuando se considera con atención este espíritu de caridad que anima á la Iglesia, cuando se contempla la heroicidad de esas almas, que, cual flores hermosísimas, brotan de su tallo divino para derramar el perfume de su ardiente caridad, se escapan hasta de los labios de los impíos los más pomposos elogios. “¡Oh santas y valerosas mujeres, decía Proudhon, (1) hablando de las Hermanas de la Caridad, vuestros corazones se han adelantado á la época, y nosotros, miserables rutinarios, falsos filósofos y sábios, somos responsables de la esterilidad de vuestros esfuerzos! Ojalá podais un día recibir vuestro galardón.” Iguales elogios se escapan de los labios de Voltaire. (2) “Acaso, dice, nada hay más grande sobre la tierra, que el sacrificio que hace un sexo delicado, de la belleza, de la juventud y muchas veces del alto nacimiento y de la fortuna, para aliviar en los hospitales la diversidad de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para el orgullo del hombre y tan repugnante á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana no han imitado sino de un modo muy imperfecto una caridad tan generosa.” Y en vista de este hermoso cuadro, todavía se atreverá la impiedad á insultar á la Iglesia, llamándola enemiga de la civilización y del Progreso. Pero estamos apenas en la portada de este grandioso edificio que la Religión ha embellecido ya

[1] Duquetiaux, las orden. mon. pág. 220.

[2] Ensayo sobre las costumbres, cap. 139.

con tanto primor. Pasemos adelante y guiados por la luz pura y serena de la razón, veamos qué ha hecho la Iglesia por la civilización moral, qué ha hecho por la civilización intelectual de los pueblos.

Poco dirémos acerca de lo primero, pues hasta los mismos impíos confiesan con estupor la santidad de la moral evangélica. “La magestad de las Escrituras, decía Juan Jacobo Rousseau [1] me asombra y la santidad del evangelio habla á mi corazón.” En efecto, no puede concebirse una ley más universal y más perfecta que la ley de Jesucristo. “Nosotros preguntamos con cofianza, dice el Cardenal de la Luzerna (2) á aquellos que la combaten, cuál es el punto en que se encuentra defectuosa. Los desafiamos á nombrarnos una virtud que el cristianismo no enseñe, un vicio, un defecto que él no repruebe. Reunid en vuestro entendimiento todos los principios de virtud, agregad todas las ideas de perfección, imaginad aun nuevos grados de la más alta santidad y no habréis formado mas que el modelo de un perfecto cristiano; el pensamiento del hombre no puede extenderse más allá de lo que Jesucristo ha previsto, ha reglamentado, ha mandado ó aconsejado en su santa ley.” Por esto el grande Obispo de Hipona San Agustín, embelesado por ese admirable conjunto de enseñanza que contienen los gérmenes de la civilización moral más perfecta y que la Iglesia Católica no cesa de inculcarnos con indecible ternura, exclama: (3) “Salud oh Iglesia Católica, madre de los cristianos. Vos sois quien enseñais á los hombres no solamente á adorar á un solo Dios verdadero, y con esto destruís la idolatría de la superficie de la tierra, sino tambien les enseñais la caridad para con sus hermanos de una manera tan perfecta, que hallan un remedio eficaz todas las miserias humanas que aflijen al mundo en castigo del pecado. Vos sois quién, segun las circunstan-

[1] Dupanloup. ob. cit. pag. 15

[2] L' excelléce de la Religion tom. 1 pag. 858.

[3] De morib. Eccl. cath. cap. 30.

cias, tierna con el niño, fuerte con el adulto, grave con el anciano, enseñais la verdad y ejercitais la virtud, segun la fuerza de la edad y el desarrollo de la inteligencia.

Vos sois quien sometéis la mujer al marido por una obediencia casta y fiel, no para satisfacer apetitos brutales, sino para conservar el género humano, la familia, la sociedad.

Vos sois quien dais autoridad al hombre sobre la mujer, no para que abuse de la debilidad de su sexo, sino para ser su apoyo y dirigirla segun las leyes del amor más cordial.

Vos sois quien sometéis, por una libre servidumbre, los hijos á los padres, y dais á los padres un santo imperio sobre los hijos.

Vos sois quien unís los hermanos á los hermanos con el lazo de la religión, lazo más sagrado y más fuerte que el de la sangre.

Vos sois quien, atendiendo siempre á las leyes de la naturaleza y á las inclinaciones de la voluntad, estrechais por una caridad mútua las alianzas y las amistades.

Vos sois quien enseñais á los servidores á ser adictos á sus dueños, no tanto por la necesidad de su condición, como por el amor de su deber.

Vos sois quien haceis á los amos ser buenos y misericordiosos con sus sirvientes, por el pensamiento de un Dios Supremo, Señor comun de unos y otros.

Vos sois quien unís, no solamente por relaciones de sociedad, sino por vínculos de fraternidad, los ciudadanos á los ciudadanos, las naciones á las naciones, y todos los hombres, cualesquiera que sean, recordándoles su origen comun.

Vos sois quien enseñais á los reyes á gobernar á los pueblos, y á los pueblos á obedecer á los reyes.

Vos sois, en fin, quien enseñais con una precisión perfecta á quién es debido el honor, á quién el afecto,

á quién el respeto, á quién el temor, á quién el consuelo, á quién la advertencia. á quién la exhortación, á quién la reprehensión, á quién la corrección, á quién el castigo; mostrando que todas estas cosas no son debidas á todos, sino á todos la caridad, á ninguno la ofensa.”

De estas sublimes enseñanzas, han brotado aquellos frutos hermosísimos de la civilización moral que aparecen en lo exterior de la sociedad cristiana: tales son, v. gr.: el mejoramiento de las costumbres, el ennoblecimiento y la purificación de las almas, la cortesía de los mordales, la dulzura y la generosidad de las relaciones privadas, domésticas, civiles y políticas. En efecto, de esa escuela de amor inefable que el cristianismo ha establecido, el mundo ha ganado y gana todavía como bien lo sabemos: el respeto al hombre, aunque sea pobre y de condición baja y despreciable, el perdón fácil y sincero de las almas despues que han sufrido sangrientos ultrajes, las venganzas disminuidas ó hechas imposibles, porque son severamente juzgadas por nuestra propia conciencia y la de otro, la equidad forzada á mitigar los rigores del derecho, las fatigas y privaciones aceptadas alegremente con el objeto de procurar la suavización de la condición del pobre, del obrero honrado, del huérfano, del anciano. Ved los hechos palpables que saltan á la vista, y la más ligera reflexión basta para descubrir su origen, el cual evidentemente no es otro que la moral de Jesucristo enseñada por la Iglesia. De ella tambien brotan esas influencias saludables que santifican y hacen prósperas todas las sociedades humanas. La primera y la más importante es la sociedad conyugal.

Gracias á la Iglesia el matrimonio, despues de largas ignominias, apareció coronado de una diadema real. Transformado de este modo, no podía menos de convertirse en una fuente de insignes ventajas para la misma civilización. Darnos esposos atentos de una parte, á secundar los designios de Jesucristo y de otra á ejer-

cer el ministerio maternal de la Iglesia, y entonces la civilización será salvada. Los hijos que saldrán de los hogares domésticos para poblar la tierra llevarán profundamente grabadas en su corazón las máximas de justicia que son las bases de la sociedad civil; estarán acostumbrados por una sábia educación á guardar la disciplina, á respetar la autoridad y á observar las leyes justas. En manos de estos padres se formarán caracteres enérgicos y firmes que no se inmutarán ni se dejarán ganar por los vientos de las doctrinas mudables. En estos hogares domésticos santificados por la fé y por los ejemplos de los padres, los hijos tendrán a dicha de aprender á llevar á la sociedad la humanidad de los sentimientos, la lealtad de las relaciones, la constancia en guardar la palabra dada, etc., etc.

La sociedad civil no reporta tambien menores ventajas de la moral evangélica. El poder, dice la Iglesia, viene de Dios. Pero si el poder viene de Dios, debe reflejar la magestad divina para aparecer respetable, y la bondad de Dios para ser aceptable y dulce á los que están sometidos á él. Cualquiera que tenga en sus manos las riendas del gobierno, sea un individuo ó una persona moral, haya recibido el poder por elección ó por nacimiento, en el seno de un estado democrático ó de una monarquía, no debe buscar en el poder la satisfacción de su ambición y el vano orgullo de estar sobre todos, sino al contrario el medio de servir á sus hermanos como el Hijo de Dios que no vino para hacerse servir sino para servir á los otros. Palabras, máximas bien cortas, pero en las cuales no obstante está encerrada la más dichosa y la más consoladora transformación del poder que se puede desear. El poder que depende de la enseñanza cristiana es modesto, laborioso, atento á favorecer el bien, detenido por el pensamiento de que en el juicio final son reservados castigos severísimos para aquel que habrá gobernado mal. Si el poder saca de Dios su razón de ser, su magestad, su solicitud en procurar todo bien, es imposi-

ble creer que puedan rebelarse contra él porque sería rebelarse contra Dios. La obediencia del súbdito debe ser franca y leal, debe proceder de un sentimiento íntimo y no del temor servil de los castigos; debe llevar con ella la prueba de su sinceridad y hacer aceptar voluntariamente los sacrificios reclamados por aquel que tiene en la mano el poder para desempeñar su ministerio.

La Iglesia no aprueba los factores de desórdenes, los enemigos sistemáticos de la autoridad; y la obediencia que inculca encuentra una poderosa compensación en la transformación del poder, el cual convertido en cristiano y despojado de sus antiguas y deshonorosas inclinaciones hácia la ambición y la tiranía, reviste el carácter de un ministerio paternal sábiamente contenido en los límites de justicia del mandato. Si se salvan estos límites invadiendo el dominio de la conciencia, se encuentra en el hombre una voz que responde con los Apóstoles: Es necesario antes que todo obedecer á Dios. Los súbditos cobardes, á quienes serviles temores hacen temblar, no son creados en los brazos de la Iglesia. Nacen fuera de ella, en el seno de sociedades que no reconocen otro derecho exterior que el de la fuerza bruta.

Así pues, interrogando al hombre como individuo, al hombre en sus relaciones con sus semejantes, al hombre en la sociedad doméstica y civil, basta un exámen rápido para convencerse de que las doctrinas de la Iglesia encierran los más preciosos gérmenes de la civilización, que puestas en práctica, conducirán infaliblemente á la más alta perfección moral que se puede esperar sobre la tierra.

! Pero la impiedad replegándose como en último asilo en el órden intelectual, hace esfuerzos inauditos para presentar á la Iglesia como enemiga del progreso científico. Lo habreis oido decir, hasta el fastidio, que la Iglesia encadena la razón con sus dogmas; que le quita los bríos para lanzarse por las regiones de la verdad;

que se opone poderosamente á los descubrimientos que tanto enaltecen á nuestra época y sumerge á los pueblos en la más profunda ignorancia. Estas calumnias revestidas con las pomposas palabras de "fanatismo," oscurantismo y retroceso, no cesa de lanzarlas contra la Iglesia y los ministros sagrados, aprovechando para esto toda clase de circunstancias, aun cuando no vengan al caso. ¿Qué diremos de semejante conducta? La recta razón estudiando con imparcialidad su propia índole, considerando los progresos que ha hecho desde que se ha aliado con la fé, é interrogando á todos los monumentos en que se refleja el progreso científico de los pueblos bajo la influencia del Cristianismo, no puede ménos que volverse llena de indignación contra la impiedad y decirle: "Mientes: eres ó una calumniadora insigne ó una ignorante soberbia." Y á la verdad, no podemos negar que la Religión Católica, nos enseña un crecido número de verdades que forman el depósito de la revelación, y para las que exige un firme asenso que es el acto de fé. Pero si consideramos la manera como procede en este punto, y los grandes beneficios que nos resultan de su magisterio, veremos cuán infundadas son las quejas de los incrédulos. En efecto, la Iglesia se presenta á nuestra razón y le dice: "Mira; más allá de la esfera en donde buscas con tu luz natural la verdad, se extienden vastísimos horizontes en que brillan verdades sublimísimas que nunca podrás conocer, si no hay álguien que te las manifieste. Yo vengo, en nombre de Dios, para enseñártelas. Además, dentro de la esfera de tus conocimientos naturales, te veo vagar incierta, y caer con mucha frecuencia en gravísimos errores. Yo vengo á librar-te de estos continuos naufragios, enseñándote tambien, de una manera segura, aquellas verdades fundamentales, que te servirán como de faro luminoso para que no te pierdas en el borrascoso mar de las opiniones humanas. Pero antes de que prestes asenso á mis enseñanzas, quiero respetar tu soberanía.